

ECOS DE LA PALABRA

Tiempo para construir, tiempo de trabajar

Reflexiones sobre el evangelio de Lucas 2, 22-40 (Fiesta de la Sagrada Familia - Ciclo B)



La presentación de los recién nacidos en el templo, que se materializaba en la circuncisión y en la entrega de las ofrendas prescritas en los libros del Antiguo Testamento, es una de las tradiciones del pueblo judío que Jesús vivió. Con este rito se pone de manifiesto la consagración a Dios de los nuevos integrantes del pueblo, es decir, que este Niño, Jesús, es **solo de Dios**. La imposición del nombre, que se hacía en el mismo rito, confirma esta consagración y la

misión que ésta trae consigo pues Jesús significa “Yahvé salva”.

En la escena, además de la familia de Nazaret, aparecen dos personajes interesantes: **Simeón**, que forma parte del resto fiel del pueblo de Israel y mantiene la esperanza en la salvación y en la justicia de Dios. El reconoce al niño, lo toma en sus brazos y bendice a Dios lleno de alegría y consuelo. No desea ver al niño únicamente para su propio consuelo sino para el consuelo de todo el pueblo que espera al Mesías, al libertador de Israel. Después de su maravilloso canto de alabanza hace un anuncio que seguro dejó helados a quienes estaban presentes: este niño va a ser levantado como signo de contradicción y dejará al descubierto las intenciones de las personas que se empeñan en arruinar el plan de Dios para la humanidad. Sorprenden también las palabras que dirige a María, a ti, una espada te atravesará el corazón. Solemos colocar a María al pie de la cruz en la pasión del hijo, pero la verdad es que toda su vida está marcada por el signo de la cruz. Ella hace el camino del discípulo, el camino de su Hijo, siguiendo la lógica del despojo y del descenso. El segundo personaje es **Ana**, una viuda que sirve a Dios en el templo, una profetisa, una mujer que denuncia la injusticia y que espera los nuevos cielos y la nueva tierra. Al reconocer a Jesús alaba a Dios y es la primera que testifica públicamente quién y qué es este niño para todos los que lo escuchan y lo tomen en serio.

Al contemplar estos dos personajes podemos pedirle al Niño que nos dejemos **presentar y consagrar al Padre**, dejarnos levantar por los *Simeones* y *Anas* con quienes nos hemos encontrado en el camino. Ellos tienen tantos rostros que conocemos y en quienes reconocemos personas concretas que esperan al Señor. También, como Simeón y Ana, podemos **levantar al Señor con nuestra vida** para que otros lo puedan ver y reconocer.

Una última reflexión. El anciano Simeón al ver al Niño elevó uno de los cánticos más hermosos del Nuevo Testamento: “Ahora, Señor, según tu promesa, puedes dejar a tu siervo irse en paz. Porque mis ojos han visto a tu Salvador, a quien has presentado ante todos los pueblos: luz para alumbrar a las naciones y gloria de tu pueblo Israel”. Viniendo a nuestros días me atrevería a sugerir una petición un tanto diferente: Señor, te sentimos presente, nuestros ojos te han visto, sin embargo, te pedimos que postergues el momento para que nosotros, tus siervos, podamos irnos en paz. En la actual hora de la humanidad hay mucho por hacer.

Estamos en una hora de gracia para la vida de la Iglesia. Los vientos de renovación empiezan a sentirse con fuerza y muchos no queremos que disminuya su intensidad. Estamos empezando a dejar ciertas actitudes que nos alejaban de nuestras comunidades y de amplios sectores de la sociedad. Queremos seguir construyendo una Iglesia sencilla, humilde, que pide perdón porque reconoce sus errores, que se interesa más por curar las heridas que por señalar los fallos, que antepone la misericordia al juicio, que acoge la diversidad y se siente pequeña y servidora. Ese aire fresco suena a evangelio y queremos seguir trabajando en este tajo... aún no es tiempo de irse en paz.

Queremos seguir acompañando a las familias, con aires frescos y renovados, como sugieren las reflexiones preparatorias del Sínodo del próximo año: No podemos irnos en paz porque tenemos que seguir escuchando las voces de las familias y, sobre todo, de las que están sufriendo, para acompañarlas y hacernos solidarios con ellas. Sin dejar de lado a las familias constituidas por el sacramento del Matrimonio, queremos estar cerca de los que viven situaciones que por muchos años no miramos: los divorciados vueltos a casar, las parejas de hecho, las parejas del mismo sexo, las parejas conformadas por personas de diferente religión, etc. Hay mucho que hacer y sanar... aún no es tiempo de irse en paz.

Que nuestro servicio sea la expresión de nuestra consagración a Dios y su proyecto.

Javier Castillo, sj
Director del Centro Loyola de Pamplona